

Reencuentro y reconstrucción en el ensayo histórico y literario

Wilfredo Penco

Si 1985 puede ser considerado un año clave en el proceso histórico uruguayo contemporáneo es porque fue asumido socialmente de ese modo. Tuvo el carácter de inflexión discriminatoria entre la dictadura instaurada doce años antes y la recuperación democrática que dio comienzo con la asunción de un gobierno surgido de las urnas, aun en medio de proscripciones, encarcelamientos y otras severas limitaciones, y con la reapertura del Parlamento como caja de resonancia política en un país donde los partidos habían sido prohibidos o pasado a receso durante tanto tiempo. El cercenamiento de libertades repercutió directamente sobre la actividad intelectual y en particular sobre la imaginación ensayística, la especulación filosófica y el ejercicio crítico en los años precedentes. La circulación de ideas, los debates públicos, las investigaciones tanto históricas como literarias estuvieron acotadas o condicionadas por un régimen que no admitió desbordes a los esquemas impuestos y sometió a los medios de comunicación y al sistema educativo a sus exigencias y necesidades autoritarias. No obstante, desde las tribunas que fue posible levantar se filtraron vínculos con un pasado estigmatizado durante más de una década por los centros de poder y la difícil tarea reconstructora de una sociedad dividida, erosionada y censurada comenzó a dar resultados en los inmediatos años previos al fin de la dictadura.

La comunidad intelectual había sido una de las más afectadas por el golpe de Estado de 1973 y además del silencio al que obligaron la cárcel o el ostracismo de varios escritores, el exilio de otros hizo que la producción cultural se disgregara. Una primera línea verificada con la reinstitucionalización democrática se orientó hacia el reencuentro y la reconstrucción en materia cultural. Pero rehacer el tejido dañado, asegurar una continuidad enriquecida desde la diversidad de experiencias, tender puentes en búsqueda de acercamientos y cohesión, podían plantearse más como aspiraciones que como objetivos alcanzables, ya que la nueva realidad desplegó inconvenientes de adaptación, lenguajes cuestionados, enfoques anacrónicos, incomprensiones y desentendimientos inevitables.

Pese a esas dificultades, las instancias políticas de 1985 permitieron culminar un trabajo colectivo que puede estimarse emblemático –con sus virtudes y sus defectos– como esfuerzo que integró aportes generacionales e ideológicos a lo largo de más de quince años. Se había iniciado a fines de la década de 1960, cuando Ángel Rama (fallecido en 1983) regresó de La Habana con la idea de elaborar un *Diccionario de literatura uruguaya* en el marco de un vasto plan latinoamericano que incluía las respectivas versiones nacionales. El proyecto, de índole colectiva, cuya coordinación correspondió inicialmente a figuras representativas de la generación del 45 como el propio Rama, Idea Vilariño, Mario Benedetti y, poco después, José Pedro Díaz, no pudo ser continuado en los términos concebidos en su origen y apenas fue abastecido con discreción y perseverancia de informaciones fragmentarias –sobre todo las escasas que circulaban desde el exterior– hasta su puesta al día, ya en democracia, con relevos generacionales y su publicación en 1987 bajo la dirección editorial de Alberto Oreggioni. Los dos tomos del *Diccionario* (al que se sumó un tercero destinado a libros, revistas, movimientos y promociones literarias, en 1991), significaron, de algún modo, en un plano simbólico, pese a sus carencias y contradicciones, la continuidad más profunda de un proceso cultural interrumpido y distorsionado por la fuerza tras el golpe de Estado de 1973.

La dictadura como objeto de estudio

El período de la dictadura fue uno de los objetos de estudio más inmediato, principalmente por parte de historiadores y periodistas. Además de numerosos aportes testimoniales (sobre todo de los medios opositores hasta entonces amordazados), las investigaciones se multiplicaron con diversidad de esfuerzos y perspectivas. El enfrentamiento de las Fuerzas Armadas y el movimiento guerrillero, los entretelones del propio gobierno militar y las negociaciones que habilitaron la salida del régimen *de facto*, fueron algunos de los temas más frecuentados. Aunque importantes materiales (como los elaborados por Luis Casal Beck) tuvieron difusión sólo a través de la prensa y esperan ser recogidos en volumen, varios trabajos ambiciosos –incluidos los de especialistas extranjeros– circularon en libro como los de François Lerin y Cristina Torres, Nelson Caula y Alberto Silva, Diego Achard, Charles Gillespie, Alfonso Lessa, Scott Myers, Álvaro Alfonso. A medio camino entre la historia y la ciencia política se sitúan los ensayos de Carina Perelli, Juan Rial, Selva Márquez, Chirico Gabriel Ramírez (pseudónimo) y Andrea Gayoso.

El campo estrictamente historiográfico abarcó desde la interpretación que incluye, deliberadamente desde el título, un juicio comprometido, como el ensayo de Oscar H. Bruscherá: *Las décadas infames* (1986), hasta una visión que procuró ordenar, de modo sintético y casi introductorio, el propio desarrollo de los acontecimientos, titulada *Breve historia de la dictadura* (1987, reeditada en 1991), de Gerardo Caetano y José Pedro Rilla. La dictadura por dentro, en su lenguaje e ideología, fue examinada por Isabella Cose y Vania Marcarián en *1975: Año de la Orientalidad* (1996). Como contrapartida, Clara Aldrighi se ocupó de los aspectos ideológicos del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) en *La izquierda armada* (2001).

Las estructuras de los partidos políticos y el sistema electoral constituyeron, con la apertura democrática, el otro centro de atención de historiadores y científicos políticos (Dieter Nohlen, J. Rial, Luis Eduardo González, Jorge Lanzaro, María Emilia Pérez Santarcieri, G. Caetano, J. P. Rilla, Oscar Bottinelli, Pablo Mieres, Rodolfo González, Agustín Canzani, Constanza Moreira, Romeo Pérez, etc.) con una producción muy amplia y variada.

Si el período dictatorial generó tanto interés, por razones que se vinculaban con su clausura, el golpe de Estado de marzo de 1933 –antecedente de gobierno de fuerza en el Uruguay del siglo XX– dio lugar también a estudios particularizados. Raúl Jacob, que ya se había ocupado de la dictadura de Gabriel Terra (1983), repasó junto a Caetano, en tres tomos, *El nacimiento del terrismo* (1989, 1990, 1991). Rodolfo Porrini, por su parte, realizó una investigación a propósito de *Derechos humanos y dictadura terrista* (1994). Y, en una línea más abarcadora, Juan Oddone dio a conocer en 1990 un estudio sobre los años 1929-1945 concentrado en los efectos de la depresión y la guerra mundial. Ana Frega, Mónica Maronna e Yvette Trochon avanzaron hasta *Baldomir, la restauración democrática* (1987). Los gobiernos de José Batlle y Ordóñez y su ideología merecieron estudios detenidos de R. Jacob, J. P. Rilla, Manuel Claps y Mario Daniel Lamas. En *El joven Quijano. Izquierda nacional y conciencia crítica* (1986) de Caetano y Rilla, y en *La República Conservadora* (dos tomos, 1992 y 1993) de Caetano, fueron tratadas con agudeza las primeras décadas del siglo.

La historia social tuvo en Carlos Zubillaga y Jorge Balbis dos consecuentes estudiosos que culminaron sus investigaciones en los cuatro tomos de la *Historia del movimiento sindical uruguayo* (1985, 1986, 1988 y 1992). Zubillaga trabajó también, junto a Mario Cayota, sobre los conflictos de la Iglesia católica y el Estado a comienzos del siglo XX. Temas similares encararon Caetano y Roger Geymonat. También José Pedro Barrán en *La espiritualización de la riqueza. Catolicismo y economía en Uruguay:*

1730-1900 (1998). Gonzalo Fernández se remontó a principios de siglo para rescatar, en una minuciosa crónica histórica, las peripecias del anarquismo en *Historias de bandidos* (1994) y Fernando López D'Alesandro inició el estudio de la *Historia de la izquierda uruguaya* (de la que aparecieron sólo tres tomos, 1988, 1990, 1992). Con un enfoque marxista, las historiadoras Lucía Sala de Touron y Rosa Alonso Eloy repasaron el período entre 1828 y los comienzos de la Guerra Grande, en sus aspectos económicos, sociales, políticos e ideológicos, en *El Uruguay comercial, pastoril y caudillesco* (dos tomos, 1986 y 1991).

La historia de empresas, empresarios, comerciantes y financistas contó con los aportes decisivos de Raúl Jacob y Alcides Beretta. El primero desarrolló planteos originales en títulos como *La valija del tío Hugo* (1995) y *La quimera del oro* (2000). Beretta trabajó con rigor varias obras, entre la que destaca la más reciente: *Los hijos de Hefestos. El concurso de la inmigración italiana en la formación del empresariado uruguayo. 1875-1930* (1998). El movimiento inmigratorio concitó la atención de otros estudiosos que documentaron viajes, peripecias y radicaciones de gallegos, vascos, judíos, italianos, entre otros, en el Uruguay. En este línea de trabajo se inscriben los cuatro volúmenes de la inconclusa serie *Nuestras raíces* (1990) dirigida por Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte. Estudios de historia económica dieron a conocer Roque Faraone (1987), Julio Millot y Magdalena Bertino (1991, 1996), José Claudio Williman (1984, 1986, con reedición corregida y aumentada en 1994), entre otros. Arturo Ariel Bentancour se ocupó, en particular, de *El Puerto colonial de Montevideo, su crecimiento económico y sus años de crisis* (dos tomos: 1997, 1999).

El género biográfico fue frecuentado con variedad de criterios y está representado en volúmenes colectivos como *Mujeres uruguayas. El lado femenino de nuestra historia* (dos tomos, 1997, 2001) y *Once biografías. Uruguayos notables* (1999). Raquel Pereda publicó biografías de artistas plásticos (Saez, Petrona Viera, Cúneo, Barradas, Blanes Viale, Torres García, Figari, Carlos Alberto Castellanos). También destacan, por su penetrante escritura, *Aarón de Anchorena, una vida privilegiada* (1998) de Napoleón Baccino Ponce de León e *Isabelino Gradín. Testimonio de una vida* (2000) de Carina Blixen. Merece ser mencionado asimismo el trabajo de María Emilia Pérez Santarcieri: *Nombres femeninos en el Nomenclator de Montevideo* (2000). A los estudios históricos de la mujer en el Uruguay –en los que incursionaron Graciela Sapriza, Daniela Bouret, Laura Weigle y otras autoras– se sumó recientemente *El silencio y la voz* (2001) de Aníbal Barrios Pintos.